# Aislamiento

**Aislamiento**
Eric Rovira Barreira

**Editado por:**
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418074769

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Eric Rovira Barreira
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Aislamiento

Eric Rovira Barreira

Para mi familia, mis amigos y todos aquellos
que han contribuido a que este sueño se haga realidad.

# PRÓLOGO

EL PERFORANTE Y AGUDO SONIDO DE UNA ALARMA retumbó estridentemente en sus tímpanos despertándolo de un dulce sueño. Siempre recordaría aquel gélido domingo de febrero. Un día que marcaría su futuro grabando una indeleble impronta en lo más profundo de su mente. Una voz robótica hablaba con tono solemne desde la megafonía situada estratégicamente en cada esquina de cada calle de la ciudad. El mensaje fue claro. Solamente cabía recordar dos puntos. Primero: quedaba terminantemente prohibido abandonar la vivienda bajo ninguna circunstancia hasta nuevo aviso. Segundo: en cada vivienda se designaría un encargado que, un par de veces por semana, recogería en la puerta del domicilio una caja con comida para todos los inquilinos, a quienes se la entregaría en mano. Los residuos se recogerían cada viernes. Esas leyes entraban en vigor desde el mismo momento en el que eran enunciadas.

Aquel mensaje radiofónico había resultado ser la ducha fría que despertó por completo a Jim. Aún desnudo se apresuró a observar a través de la ventana de su habitación. En aquel mismo instante deseó haberse tomado un tiempo para vestirse

y de ese modo evitar haber sido testigo de semejante atrocidad. Del edificio de enfrente, justo al otro lado de la plaza mayor, un hombre salió corriendo como si lo persiguiera el mismísimo diablo. No llegó a recorrer más de veinte metros antes de que fuera abatido a tiros. De las calles circundantes emergieron un grupo de siluetas uniformadas con ropa militar, quienes arrastraron el cadáver hasta que lo perdió de vista. Lo único que permaneció fue un río escarlata que teñía los adoquines de la plaza.

# Primera semana

## 2º-B

JIM AÚN CONTENÍA LA RESPIRACIÓN. Una profunda y forzada inhalación por la boca lo trajo de vuelta al presente; a su habitación. Estaba rojo como un tomate y sus pupilas se habían dilatado hasta alcanzar aproximadamente el tamaño del iris. Un sudor frío bañaba su cuerpo y goteaba en el parqué de su dormitorio. Tambaleándose llegó a la puerta de su habitación, hizo girar el pomo y se dirigió hacia el cuarto de baño. En su camino se vio obligado a sortear varias cajas de cartón llenas de libros. Se había mudado el día anterior y aún no había tenido tiempo de colocar su extensa colección literaria.

Sentía que su cabeza daba vueltas sin parar. Cayó de rodillas y levantó la tapa del váter justo a tiempo para devolver la cena del día anterior. Tiró de la cadena. Gateó hasta la bañera y, cómo si se tratase de una escarpada ladera, trepó por las paredes de la misma hasta caer dentro. Abrió el grifo a todo trapo y un chorro de agua fría empapó su rostro. Tardó en recuperar la compostura.

Un ruido sordo llegó a sus oídos. Este se repitió. Alguien llamaba a su puerta. Jim se incorporó como pudo, cerró el grifo y se ató una toalla alrededor de su delgada cintura. Se dirigió a abrir la puerta, dejando un rastro de huellas húmedas en el suelo.

—¡Oh cielos! No pretendía molestarle. — pronunció un joven negro de complexión fuerte, a quien no conocía. — Esto es para usted. — dijo mientras le entregaba una caja de cartón con "2º-B" escrito en permanente negro en un lateral.

—Gracias. — dijo Jim mientras abrazaba la pesada caja, que aquel desconocido le entregaba. — Soy Jim. Me he mudado recientemente y no conozco a ningún vecino. ¿Y usted es? ¿Sabe qué ha pasado?

—Me llamo Keith y soy su vecino de enfrente, del 2º-C. — Extendió su mano llena de anillos para estrechársela, pero en seguida se percató de la pesada caja y decidió darle una palmadita en el hombro. — Si se refiere a ese mensaje de hace un rato, la verdad que no sé mucho. Cada cierto tiempo dan ese aviso, pero a los pocos días todo vuelve a la normalidad. Está usted algo pálido; ¿se encuentra bien?

—No es nada. Me he levantado algo mareado, creo que me hace falta un buen desayuno — mintió Jim.

—Un placer conocerle, vecino. Le veré el miércoles para la siguiente entrega.— dijo el joven Keith a la vez que se quitaba la gorra y se la volvía a colocar ladeada a modo de despedida.

Tras cerrar la puerta, Jim se dirigió a la cocina. Dejó la caja sobre la encimera y decidió que iba siendo hora de vestirse. Se

puso unos vaqueros y una camisa de cuadros rojos y grises. Agarró las tijeras de la cocina con fuerza y las clavó en el cartón de la misteriosa caja. Acto seguido, la desgarró de un tirón. En su interior había una nota que rezaba: *alimentos 2º-B*. Aparte de esa nota: un paquete de pasta seca y otro de arroz, lentejas, latas de conservas variadas, bolsas de verdura congelada y media docena de yogures naturales convivían entre los restos de la caja que Keith le había entregado. Según el mensaje radiofónico, resultaba obvio: Keith había sido designado encargado de recoger y distribuir los alimentos en su comunidad de vecinos. Tras esta deducción, Jim se dispuso a colocar esos víveres en las distintas baldas de los armarios situados a medio metro sobre la encimera.

Tras desayunar unas tostadas con huevos revueltos, Jim hizo una lista mental de las tareas a realizar en orden de prioridad. Uno: borrar de la memoria la imagen de aquel pobre hombre asesinado y arrastrado calle abajo. ¿Quién era? ¿Por qué había sido ejecutado? Olvidarlo iba a ser, sin lugar a dudas, la tarea más ardua. Dos: mantenerse distraído. Desconocía por completo cuánto iba a durar el aislamiento. Si no quería enloquecer debía mantenerse física y mentalmente activo. Debía hacer ejercicio, leer, ver la televisión y, muy a su pesar, relacionarse con los vecinos. No le hacía ninguna gracia verse obligado a relacionarse con ellos, pero todo hombre que se considerase inteligente sabía que la interacción social era fundamental para la salud mental y que, tarde o temprano, se vería forzado a ella. Tres: ser optimista. Fundamental. Él era periodista, así que podía trabajar desde casa. Esa era una gran ventaja. Podía mantener un horario laboral normal que

otorgase sentido a su vida diaria en aislamiento. El trabajo mantendría su mente ocupada.

Una vez hubo repasado varias veces esa lista, decidió empezar por la tarea más tangible de las tres: trabajar. Se sentó frente a la mesa de cristal de su salón y sacó el portátil de su funda azul zafiro. Introdujo la contraseña. Realizó unos breves estiramientos de muñecas y dedos y se dispuso a teclear.

# 2º-B

UN SIGNO DE EXCLAMACIÓN junto al icono de conexión inalámbrica le indicaba que, por mucho empeño que pusiera, no iba a poder consultar los correos de su jefe. Su disposición inicial a trabajar se vio zarandeada. Cómo iba a poder escribir artículos si no podía recibir los *e-mails* con la información que la redacción le había prometido. Cerró y guardó el portátil con la misma rapidez con la que lo había sacado. El destino había decidido que era mejor empezar por la salud física.

Se dirigió a su habitación a ponerse un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes de tela transpirable. Volvió sobre sus pasos y se montó de un salto en la bicicleta estática que tenía en un rincón del salón. Se puso unos cascos inalámbricos y deslizó el pulgar por la pantalla de su teléfono móvil hasta encontrar la lista de reproducción musical que buscaba. *Evanescence* empezó a sonar a todo volumen en sus oídos. Los pedales empezaron a girar a ritmo de *dark* rock. Jim aumentó gradualmente la resistencia. Gotas de sudor resbalaban por su frente y empapaban su camiseta. Su ritmo cardíaco se aceleró y empezó a exhalar por la boca. Unos minutos más a máxima velocidad, pensó Jim. Mantenía la mirada fija en el cuadro de los cerezos en flor, que adornaba la pared del salón frente a la mesa de cristal donde minutos antes había intentado trabajar. << ¡Qué belleza! >> pensó Jim. Algún día viajaría a Japón y visitaría los templos milenarios, disfrutaría de la gastronomía

local y subiría al monte Fuji. Cuarenta y cinco minutos después, los últimos acordes de guitarra eléctrica indicaron el final del esprint. Los pedales detuvieron su movimiento de forma gradual. Trescientas kilocalorías quemadas representaban un buen comienzo. Bajó de la bici y secó el sudor del sillín con la misma toalla que llevaba colgada al cuello. Aquel iba a ser su segundo chapuzón del día. Al salir de la ducha y dirigirse hacia la cocina para prepararse un plato de pasta y recobrar fuerzas se percató de una hoja de papel doblada por la mitad que yacía en el umbral de la puerta principal. La desdobló y leyó: "¿Le apetecería cenar en compañía?" A pie de página firmaba: "Jake, su vecino del 2º-A".

# 2º-A

LOS OSCUROS Y RELUCIENTES OJOS SIN VIDA de una cabeza de ciervo disecada observaban la peculiar cena entre desconocidos desde lo alto de la pared frente al gran tronco, que ejercía la función de mesa del comedor. Sus ojos no eran los únicos clavados en aquella escena. Un jabalí, un puma, un águila real y un cocodrilo le hacían compañía en aquella grotesca colección de trofeos. Sobre la rupestre mesa de comedor colgaba la cornamenta de un alce que había sido modificada, con muy mal gusto según Jim, para convertirla en una lámpara de araña. Sobre la mesa un cochinillo asado, una ensalada de frutas varias y una jarra de cristal llena hasta arriba de vino tinto. Sentados uno frente al otro: Jim y Jake. Las sillas eran de madera maciza y tenían un respaldo exageradamente alto que sobrepasaba las cabezas de ambos comensales. Jake era un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, moreno de piel, de pelo azabache, rapado a maquinilla al estilo militar, de ojos verdes y complexión musculosa. De hecho, Jim habría jurado que demasiado. Sus bíceps y pectorales daban la impresión de estar atrapados en la ceñida camiseta de manga corta que llevaba puesta. Jim llegó a pensar que, si hiciera la suficiente fuerza, podría desgarrar la camiseta como si del mismísimo *Hulk* se tratase. Esa estupidez le hizo esbozar una sonrisa.

—¿A qué viene esa risilla? — preguntó Jake con voz grave.

—Nada, tonterías mías. ¿Así que es aficionado a la caza?

—Desde pequeño mi padre me llevaba al monte a cazar con la escopeta todo tipo de animales salvajes. A los veinte, me alisté en el ejército donde serví como marine durante diez largos años. — Bajó la mirada al plato. — Ojalá pudiera borrar muchos días de mi memoria.

—Apuesto que debió ser muy duro. — No pudo evitar fijarse en un pequeño marco de fotos que reposaba en una estantería. Enmarcada: una fotografía en la que Jake aparecía llevando en brazos a una preciosa chica de rasgos asiáticos, probablemente tailandesa, pensó Jim. — ¿Quién es ella?

—Mi ex mujer. Tras volver de servir en la guerra nos casamos y pasamos los dos años más felices de mi vida juntos. Desgraciadamente, como recordará, el conflicto bélico estalló de nuevo en oriente hace cinco años. Así pues, me llamaron y tuve que marcharme. Ella no pudo soportar la angustia de no saber cuándo iba a regresar ni tan siquiera si me volvería a ver con vida. Decidió largarse a casa de sus padres y ayudarles con el negocio familiar. — La voz de Jake se quebró un par de veces mientras relataba su triste historia y eso enterneció a Jim. — Pero basta de hablar de mí, ¿qué hay de usted?

—Mi vida no es la mitad de interesante que la suya ni de lejos. Me gradué en periodismo hace ocho años y hasta recientemente he trabajado en una redacción de un periódico local. Hace tres años, el propietario de la redacción decidió recortar la plantilla y muchos se vieron en la calle sin trabajo. Yo fui uno de los pocos que logró conservar su puesto, aunque sinceramente era un trabajo que no me hacía excesivamente feliz. Un buen día recibí un email de una revista conocida a nivel

internacional especializada en reportajes divulgativos sobre ciencia, psicología y comportamiento social. Tuve la suerte de ser invitado a venir aquí para redactar un artículo sobre la vida de los habitantes de esta ciudad de reciente construcción en un clima adverso como es este. No dudé un instante en aceptar esta oferta y firmar el despido voluntario de mi antiguo empleo. Ayer mismo me mudé. Aún tengo la gran mayoría de mis pertenencias cuidadosamente guardadas en cajas.

—Suena increíblemente aburrido. — dijo Jake a la vez que soltaba una carcajada. — ¿Alguna mujer en su vida Jim?

—Por el momento no ha habido suerte, aunque esperaba encontrar una en esta ciudad — admitió Jim algo sonrojado en parte por el comentario y en parte por todo el vino que ya habían bebido. — ¿De dónde ha sacado ese cochinillo? En mi caja sólo venían conservas, pasta y arroz.

—Digamos que conozco a alguien con contactos en el exterior que puede facilitarme casi cualquier cosa que necesite. — afirmó Jake a la par que alzaba ambas cejas.

De repente, el sonido de un disparo se filtró por las ventanas del salón. Jake se levantó a toda prisa y se abalanzó sobre Jim derribándolo de su silla. Ambos cayeron al suelo con gran estruendo. Jake llevó su índice a sus labios indicándole a Jim que permaneciera en silencio. Pasaron un par de minutos allí tumbados; en rotundo silencio. Seguidamente, Jake ayudó a Jim a incorporarse de nuevo. Jim sentía como si acabara de ser sepultado por un pesado bloque de hormigón.

—Siento si le he hecho daño. Le aconsejo que no se asome mucho a las ventanas por lo que pudiera pasar; ya me entiende. — dijo Jake mientras con el dedo índice y pulgar dibujaba una pistola y apuntaba a Jim en la frente. Apretó el gatillo imaginario con su pulgar mientras guiñaba un ojo y murmuraba una terrorífica onomatopeya: << ¡PAM! >>.

# 2º-C

EMINEM RAPEABA A TODO VOLUMEN desde el equipo de sonido de última generación que ocupaba un lugar central en el comedor de la vivienda. Las paredes estaban adornadas con caras de prodigios del béisbol y el hockey sobre hielo. En una repisa, junto a la chimenea encendida, descansaban una gorra y un bate de los *Red Sox* de Boston ambos firmados por uno de sus ídolos. La calidez de las llamas y el olor a leña quemada impregnaban la estancia. Un sofá de cuero negro en forma de ele ocupaba parte de dos paredes. En frente, un televisor de pantalla curva, 3D y definición 8K de más de 50 pulgadas. Todo un gigante que gobernaba de forma solemne la habitación favorita de Keith. Junto al televisor se amontonaban discos duros extraíbles que contenían un sinfín de películas y series de televisión para todos los gustos. Keith tenía la esperanza que algún día lograría verlas todas. Quizás, ese período de aislamiento iba a ser la oportunidad que había esperado para sentarse horas frente al televisor. Keith deambulaba por su piso con el torso desnudo, un pantalón de deporte excesivamente ancho y una bata de seda con símbolos dorados sobre un fondo negro.

Abrió un cajón de la cocina y sustrajo una bolsa de palomitas. La introdujo en el microondas y lo programó a máxima potencia durante minuto y medio. De pronto, recordó el encargo de Jake. Dejó la bolsa de palomitas girando en el interior del microondas sin supervisión alguna y se dirigió a su habitación. Abrió el armario donde guardaba sus trajes, los apartó a un

lado y se metió dentro del mueble cerrando la puerta tras él. Segundos más tarde, emergió de dentro de aquel armario con naturalidad tarareando al ritmo de su rapero favorito.

Al igual que una traca de petardos, los granos de maíz empezaron a explotar en el microondas. El olor a mantequilla llegaba al salón desde la cocina y le hacía salivar. Entre esa sinfonía de explosiones, una destacó por encima del resto. Un escalofrío recorrió la espalda de Keith. Provenía de la calle.

Tragó saliva e intentando evadirse corrió a la cocina a comer palomitas como si no hubiera un mañana. Aquel día se había librado, pero era plenamente consciente que en cualquier momento podía tocarle a él.

# 2º-B

PEREZOSO, EL SOL SE ALZABA EN EL HORIZONTE y procuraba calentar con su luz tenue a todos los habitantes de aquella ciudad. Aquel lunes, fue el primero desde hacía mucho tiempo en el que Jim no se molestó en programar el despertador de su teléfono móvil. Se despertó gritando entre sudores fríos. La sabana estaba echa un ovillo, resultado del pataleo de sus piernas durante la pesadilla mientras intentaba correr y pedir ayuda. En su sueño revivía la mañana del día anterior y el momento en que aquel pobre hombre era abatido. Pensaba que iba a poder dormir hasta mediodía, mas aquella terrible pesadilla le obligó a levantarse a las ocho y darse una ducha fría. Al levantarse notó un pinchazo de dolor a la altura de las dorsales. Fue entonces cuando recordó el placaje de su corpulento vecino. Le había resultado algo violento. Además, recordó a Jake apuntándole con la pistola invisible formada por su pulgar e índice y el corazón se le detuvo un instante. Miró de reojo la ventana de su habitación y corrió la cortina. Hizo lo mismo con las ventanas del salón. Mantenerse alejado de las ventanas. Ese era el consejo que le había regalado Jake. Un consejo que podía resultarle valioso. Una voz de mujer, que provenía del otro lado de la puerta principal de su piso, se filtraba por el umbral.

—Adelante, tú puedes hacerlo. Tan sólo llama a la puerta sonríe y ofréceselo. Claro que no nos conocemos de nada. Podría estar ocupado y en ese caso sería una molestia… Cielo santo y entonces me dejaría de hablar y me miraría con desdén cada vez que

nos cruzásemos en el ascensor o el descansillo. Ya me lo decía mi madre: "hay que respetar la privacidad de los vecinos".

Justo cuando sus nudillos iban a golpear con suavidad la puerta de Jim, este la abrió de par en par.

Frente a él, sonrojada, una joven de piel clara y rizos pelirrojos que se deslizaban danzando por su cara ocultando parcialmente sus ojos de color miel. Era de baja estatura, aproximadamente un metro y cincuenta centímetros. A Jim le llegaba a la altura del pecho. Este no pudo evitar fijarse en el esbelto contorno de su cuerpo que se ocultaba debajo de una blusa azul celeste y unos vaqueros ajustados.

—Buenos días vecino. Me llamo Hellen, tengo 28 años y soy enfermera. Soy su vecina del 2º-D. Esta mañana he madrugado para hornear algunos *muffins* de arándanos y vainilla para traer algo de alegría a los vecinos durante estos días de aislamiento y pensé… en fin, que quizás le apetecería uno. — dijo atropelladamente Hellen mientras agachaba la mirada tímida y extendía una bolsa de cartón que desprendía un dulce olor.

—Vaya… me deja sin palabras. Soy Jim. ¿Le apetece pasar y desayunar conmigo?

—¡Oh cielos! No sé si debería … qué diría mi madre si me viera desayunando con un desconocido en su casa… Está bien, pero sólo un momento.